

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR
CICLO "B"

Primera lectura: *Hechos de los apóstoles* 10,34a. 37-43

Interleccional: *Salmo* 117

Segunda lectura: *Colosenses* 3,1-4

EVANGELIO

Juan 20, 1-9

20 ¹El primer día de la semana, por la mañana temprano, todavía en tinieblas fue María Magdalena al sepulcro y vio la losa quitada. ²Fue entonces corriendo a ver a Simón Pedro y también al otro discípulo, el predilecto de Jesús, y les dijo:

-Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto.

³Salió entonces Pedro y también el otro discípulo y se dirigieron al sepulcro. ⁴Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo se adelantó, corriendo más de prisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. ⁵Asomándose vio puestos los lienzos; sin embargo, no entró. ⁶Llegó también Simón Pedro siguiéndolo, entró en el sepulcro y contempló los lienzos puestos, ⁷y el sudario, que había cubierto su cabeza, no puesto con los lienzos, sino aparte, envolviendo determinado lugar. ⁸Entonces, al fin, entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, vio y creyó.

⁹Es que aún no habían entendido aquel pasaje donde se dice que tenía que resucitar de la muerte.

COMENTARIOS

I

Los periodistas de la época no difundieron la extraña y sensacional noticia en las rotativas del país, ni los historiadores dejaron constancia del hecho en sus crónicas, ni siquiera hubo asamblea internacional de magos o para-psicólogos para dar una explicación de lo que un puñado de hombres y mujeres, antes acorralados por el miedo, habían comenzado a proclamar a los cuatro vientos: "Jesús Nazareno, a quien vosotros matasteis, ha resucitado al tercer día". Tres días era para los judíos el espacio de tiempo que aseguraba de la muerte real de una persona.

Las autoridades quisieron ocultar lo sucedido: con su sistema fomentaban la muerte y la opresión; no amaban la vida, a no ser la propia. "Se reunieron con los senadores, deliberaron y dieron a los soldados (que habían custodiado la tumba) una suma considerable de dinero, encargándoles: Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros lo calmaremos y os sacaremos de apuros. Los soldados aceptaron el dinero y siguieron las instrucciones".

"María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Entraron y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco y se asustaron. El les dijo: No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: El va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo. Las mujeres salieron corriendo del sepulcro, temblando de espanto. Y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían".

A mí no me extraña semejante reacción. Decir que Jesús había resucitado era sumamente conflictivo, terriblemente subversivo, profundamente revolucionario. Equivalía a decir que Dios estaba de parte de aquel reo, injustamente ajusticiado. Era proclamar que el Maestro nazareno llevaba razón, que su causa era la justa, que se habían equivocado las autoridades, que su muerte no había sido un accidente ni un acto de justicia, sino una vil ejecución, una sentencia brutal. Era como dictar sentencia de muerte para el poder establecido que pisoteó en Jesús -como de costumbre- los derechos de los más débiles, era condenar a los que ostentan la autoridad como fuerza y privilegio sin hacer uso de la razón.

Pero ni el silencio de las mujeres, ni el dinero de las autoridades, ni siquiera el miedo y la desesperanza de los discípulos que habían comenzado a dispersarse, podrían contener la divulgación de noticia tan subversiva.

Aunque nadie lo vio en el momento de resucitar, el grupo de sus seguidores aseguró haber tenido la experiencia de verlo

vivo en el transcurso de aquellos días, experiencia que, varias decenas de años después, cada evangelista expresaría a su modo y manera: para todos ellos el resucitado seguía viviendo, aunque de forma distinta a la nuestra. Su vida no tenía ya semilla de muerte.

El anuncio de la Resurrección se convirtió muy pronto en grito contestatario, verdadera canción de resistencia: "No nos vencerán" los poderosos de este mundo, ni el sistema, ni siquiera la muerte. Sólo el amor que se entrega hasta el fin tiene fuerza para sobrevivir. A cambio de este anuncio los seguidores del Resucitado recibirían palizas, azotes, prisión o amenazas de muerte por parte de los poderosos... Casi todos ellos correrían la misma suerte del Maestro.

Pero la presencia real y misteriosa del Jesús viviente los animaba -y nos anima veinte siglos después- en la lucha por un mundo distinto, donde la razón del amor acabe con la sinrazón de la fuerza y la violencia.

II

En un mundo con tanta capacidad de muerte como el nuestro, anunciar la resurrección de Jesús significa proclamar que Dios no está con los que fabrican o bendicen la muerte, sino con los que dan por amor la vida para que sean posibles la felicidad y la vida.

UNA LOSA MUY GRANDE

Transcurrido el día de precepto, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarlo. El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro ya salido el sol. Se decían unas a otras:

-¿Quién nos correrá la losa de la entrada del sepulcro?

Cuenta el evangelio de Marcos (15,42-47) que, cuando murió Jesús, un tal José de Arimatea, miembro del Consejo, judío honesto que «había esperado el reinado de Dios», pidió a Pilato, el gobernador romano, el cuerpo de Jesús para darle sepultura: «Este compró una sábana, y descolgando a Jesús, lo envolvió en la sábana, lo puso en un sepulcro que había sido excavado en la roca y rodó una losa contra la entrada del sepulcro.» Aquella losa enorme, que las mujeres no se sentían con fuerzas para remover, representaba lo definitivo de la muerte: todo había terminado. Solamente un extranjero, el jefe de los soldados que ejecutaron a Jesús, había sido capaz de descubrir que en la muerte de aquel condenado se estaba revelando el amor de Dios. Sus enemigos, que lo mandaron a la muerte, estarían celebrando su triunfo. Sus discípulos lo habían dejado solo: nunca habían aceptado que la misión del Mesías de Dios pasara por la humillación y la muerte, y a pesar de que Jesús se lo había anunciado anteriormente al menos tres veces, no confiaban en la victoria definitiva de la vida; no podían ni sospechar que la fuerza de Dios fuera el amor. Las mujeres, dos de las cuales habían estado observando cómo lo enterraban, se dirigen a la tumba con el único objetivo de embalsamar el cadáver de aquel a quien tanto habían querido; se trata sólo de un gesto de cariño y una mínima aspiración: retardar algún tiempo la corrupción de aquel cuerpo ungiéndolo con algunos perfumes, según la tradición del país. Aquella losa colocada a la entrada del sepulcro parecía que había caído sobre los seguidores y simpatizantes de Jesús y había aplastado toda su fe y su esperanza.

MÁS FUERTE QUE LA MUERTE

«... porque es fuerte el amor como la muerte», dice el Cantar de los Cantares (8,6). Pero los hechos van a demostrar que el amor, que es el fruto y la semilla de la vida, es no «tan fuerte», sino más fuerte que la muerte.

El primer día de la semana, al alba, sucedió algo que demostró de qué lado estaba el poder, el amor de Dios. El Padre, que no intervino para cambiar la decisión de matar a Jesús, cuando ya la realidad quedó fuera del alcance de los hombres y éstos de ningún modo podían intervenir en ella, decidió actuar y dejar claro de parte de quién estaba.

Las mujeres que habían madrugado para embalsamar a Jesús son las primeras testigos del acontecimiento. Al llegar al sepulcro ven sorprendidas que la losa había sido removida, y encuentran a un ángel, vestido de blanco, quien, sin darse a conocer, les da la noticia: «¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado, no está aquí. Mirad el lugar donde lo pusieron.» Dios -no podía ser de otra manera- estaba del lado del amor y de la vida. Y por eso estaba del lado de Jesús de Nazaret: el que no había querido seguir el camino del poder para realizar su tarea de Mesías, aquel que había dicho que el único templo era él, el Hombre, el que había apostado por la lucha firme pero pacífica en favor de la dignidad de la persona humana, el que se había puesto claramente al lado de los pobres, de los marginados, de los dominados..., y enfrente, aunque también a favor, de los ricos,

de los poderosos, de los soberbios..., el que había acusado a los jefes religiosos de haber convertido la religión en un negocio y les había dicho que las prostitutas les llevaban la delantera en el camino hacia el reino de Dios... Ese Jesús, en todo lo que había hecho y dicho, contaba con el respaldo de Dios. Y la prueba es que ya no está allí y ha dejado vacío el lugar al que lo habían intentado enviar: la muerte.

EMPEZAR DESDE EL PRINCIPIO

Es de esperar que los discípulos, cuando conozcan la noticia de que ha vencido a la muerte y está vivo, superen sus recelos y comprendan y acepten plenamente a Jesús, su modo de ser Mesías y su mensaje. Pero no podrán dormir en los laureles: el resucitado se encontrará con ellos allí donde los primeros lo conocieron, allí donde empezó su tarea: «Y ahora, marchaos; decid a sus discípulos, y en particular a Pedro: "Va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os había dicho."» Si es necesario, tendrán que empezar de nuevo el proceso que lleva a aceptar como Mesías a un injusticiado, y en seguida ponerse a anunciar la Buena Noticia a todos los hombres: después de la experiencia de ver a Jesús resucitado, tendrán que emprender la tarea de anunciar al mundo que hay un Dios que es Padre, que está del lado de los pobres y oprimidos de la tierra, que está personalmente comprometido en su liberación y que defiende y guarda la vida de los que la dan por la felicidad de los hombres.

III

20,1 *El primer día de la semana, por la mañana temprano, todavía en tinieblas, fue María Magdalena al sepulcro y vio la losa quitada.*

Terminada la creación del Hombre (19,30) y preparada la verdadera Pascua (19,31-42), comienza sin interrupción el nuevo ciclo: el de la creación nueva y la Pascua definitiva. No señala el evangelista intervalo de días entre la muerte-sepultura de Jesús y la llegada del día primero; subraya así que uno y otro hecho son inseparables. "El último día", que alboreó en la cruz, viene presentado ahora como "el primer día", que inaugura la nueva época de la humanidad.

Por la mañana temprano indica un momento en que ya hay luz (18,28), dato difícil de conciliar con el que sigue: *todavía en tinieblas*. Como en este evangelio "la tiniebla" significa una ideología contraria a la verdad de la vida (1,5; 3,19; 6,17; 12,35), esto quiere decir que María va al sepulcro poseída por la falsa concepción de la muerte y no se da cuenta de que el nuevo día ha comenzado ya. Es clara la alusión al Cantar (3,1: "Por la noche, buscaba al amor de mi alma; lo busqué y no lo encontré"). María es figura de la comunidad-esposa.

Ella cree que la muerte ha triunfado. Va únicamente a visitar el sepulcro, sin llevar nada. La comunidad ha olvidado la recomendación de Jesús en Betania: guardar aquel perfume, que lo honraba como dador de vida, para el día de su sepultura (12,7). Pero la fe en la vida, simbolizada allí por el perfume, está ausente de María y de los discípulos que aparecerán a continuación. Buscan al dador de vida como a un cadáver.

Al llegar, *vio la losa quitada del sepulcro*. La losa puesta habría sido el sello de la muerte definitiva (cf. 11,38s.41); pero la vida de Jesús no se ha interrumpido, su historia no se ha cerrado.

2 *Fue entonces corriendo a ver a Simón Pedro y también al otro discípulo, el predilecto de Jesús, y les dijo: «Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto».*

La reacción de María es de alarma. Avisa a los dos discípulos por separado. Como lo había anunciado Jesús, su muerte ha provocado la dispersión de los suyos (16,32).

En vez de anunciarles el dato objetivo, que la losa estaba quitada, María les propone su propia interpretación del hecho: *se han llevado al Señor*. Lo que era señal de vida (el sepulcro abierto) no lo ve como tal. Llama a Jesús "el Señor", pero para ella es un Señor impotente, que está a merced de lo que quieran hacer con él. El plural *no sabemos* indica la desorientación de la comunidad.

Ésta se siente perdida sin Jesús. Hay una actitud de búsqueda, pero buscan a un Señor muerto. Él era su fuerza y su punto de referencia; al creerlo reducido a la impotencia, la comunidad queda ella misma sin ánimos y sin norte.

3-5 *Salió entonces Pedro y también el otro discípulo y se dirigieron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro*

discípulo se adelantó, corriendo más de prisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Asomándose vio puestos los lienzos; sin embargo, no entró.

Nueve veces se menciona el sepulcro en esta perícopa, mostrando que la idea de Jesús muerto es la que domina en los suyos. Nadie recuerda que el sepulcro está en un huerto, lugar de vida (19,41).

Ante la noticia que les da María, ambos discípulos tienen la misma reacción: ir al sepulcro. Los dos corren juntos, mostrando su interés por lo sucedido y su adhesión a Jesús. Durante el trayecto, sin embargo, se produce una diferencia: el discípulo predilecto de Jesús se adelanta a Pedro.

Las dos veces que hasta ahora Pedro y ese discípulo han aparecido juntos (13,23-25; 18,15ss), este último ha tenido ventaja sobre Pedro. También ahora, el que ha estado junto a la cruz (19,26) y ha visto su fruto (19,35) corre más deprisa. Pedro, llamado aquí dos veces por el mero sobrenombre, aludiendo a su obstinación (cf. 13,6.37; 18,16.17.18.25.27), concibe todavía la muerte de Jesús como un fracaso, no como muestra de amor y fuente de vida (12,24). Tras las negaciones, ha vuelto a la adhesión a Jesús, pero sigue sin aceptar su entrega.

El discípulo encuentra que la losa está quitada y que los lienzos ya no atan a Jesús (19,40); los ve puestos, extendidos, como sábanas en el lecho nupcial. Distingue la señal de la vida, pero no la comprende. Debería deducir que Jesús, desatado de los lienzos, se ha marchado por sí solo (cf. 11,44, de Lázaro: *Desatadlo y dejadlo que se marche*), pero no concibe aún que la vida pueda superar a la muerte.

El discípulo no entra en el sepulcro; va a ceder el paso a Pedro. Después de las negaciones de éste (18,15-17.25), es un gesto de aceptación y reconciliación.

6-7 Llegó también Simón Pedro siguiéndolo, entró en el sepulcro y contempló los lienzos puestos, y el sudario, que había cubierto su cabeza, no puesto con los lienzos, sino aparte, envolviendo determinado lugar.

Pedro sigue al otro discípulo; el más cercano a Jesús marca el camino. Al contrario que éste, Pedro no se detiene a mirar, entra directamente. También él ve *los lienzos puestos*. Descubre, además, *el sudario*, símbolo de muerte (11,44, de Lázaro), aunque éste no había cubierto la cara de Jesús, ocultando su personalidad; solamente su cabeza, porque su muerte era un sueño (19,30). No está puesto con los lienzos, sino colocado aparte, *envolviendo determinado lugar*.

Lo extraño de esta expresión indica un segundo sentido. De hecho, “el lugar” denota en este evangelio el templo de Jerusalén (4,20; 5,13; 11,48) o, por contraste, el lugar donde se encuentra Jesús, nuevo santuario (6,10.23; 10,40, etc.). Aquí este “lugar”, separado del de Jesús (donde están los lienzos), designa el templo. El significado es, pues, el siguiente: al matar a Jesús, los dirigentes judíos han intentado suprimir del mundo la presencia de Dios, y con ello han condenado a la destrucción su propio templo, donde Dios debía haber tenido su casa (cf. 2,19). La muerte (el sudario), vencida por Jesús, envuelve y amenaza sin remedio a la institución que lo condenó.

Resumiendo: El lecho del sepulcro, con las sábanas puestas, aparecía desde fuera como un tálamo nupcial, anunciando vida y fecundidad. Sólo al entrar se descubre el sudario, pero separado del lecho: la fiesta de bodas anula la muerte pasada. Los lienzos o sábanas van a servir aún; el sudario, en cambio, que lleva en sí la muerte, cubre la institución homicida.

No hay reacción de Pedro ante los signos.

8 Entonces, al fin, entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, vio y creyó.

Insiste el evangelista en la deferencia del otro discípulo (*el que había llegado antes*), que muestra una actitud de amor como la de Jesús. Cuando entra, ve las mismas señales que Pedro, pero él las comprende: la muerte no ha interrumpido la vida, simbolizada por el lecho nupcial preparado. Ahora cree y, como dijo Jesús a Marta, ve la gloria de Dios (11,40), es decir, el alcance de su amor, que da una vida definitiva, capaz de vencer la muerte.

Resalta el contraste entre los dos discípulos: sólo cree el segundo.

9 Es que aún no habían entendido aquel pasaje donde se dice que tenía que resucitar de la muerte. Los discípulos se fueron de nuevo a su casa.

En 16,16 decía Jesús a sus discípulos: “Dentro de poco dejaréis de verme, pero un poco más tarde me veréis”. Esta ausencia breve, no definitiva, aludía a Is 26,19-21 LXX: “Se levantarán los muertos... el Señor va a salir de su morada”. Los discípulos no han visto en la Escritura un testigo de Jesús, no saben que se ha producido el nacimiento del Hombre (16,21).

En toda la escena, Pedro y el otro discípulo no hablan entre ellos ni hacen comentario alguno sobre lo que han visto; se separan sin haberse comunicado. La inverosimilitud del hecho da al episodio cierto carácter de paradigma, como si el evangelista estuviera describiendo el impacto de la muerte de Jesús en la comunidad y las disposiciones que el hecho de la resurrección encontró en diferentes miembros de ella. De hecho, los discípulos no continúan la búsqueda de Jesús ni anuncian a otros lo sucedido (*se fueron de nuevo a su casa*).

IV

A) Comentario ordinario

Para este domingo de Pascua nos ofrece la liturgia como primera lectura uno de los discursos de Pedro una vez transformado por la fuerza de Pentecostés: aquél que pronunció en casa del centurión Cornelio, a propósito del consumo de alimentos puros e impuros, lo que estaba en íntima relación con el tema del anuncio del Evangelio a los no judíos y de su ingreso a la naciente comunidad cristiana. El discurso de Pedro es un resumen de la proclamación típica del Evangelio que contiene los elementos esenciales de la historia de la salvación y de las promesas de Dios cumplidas en Jesús. Pedro y los demás apóstoles predicán la muerte de Jesús a manos de los judíos, pero también su resurrección por obra del Padre, porque “Dios estaba con él”. De modo que la muerte y resurrección de Jesús son la vía de acceso de todos los hombres y mujeres, judíos y no judíos, a la gran familia surgida de la fe en su persona como Hijo y Enviado de Dios, y como Salvador universal; una familia donde no hay exclusiones de ningún tipo. Ese es uno de los principales signos de la resurrección de Jesús y el medio más efectivo para comprobar al mundo que él se mantiene vivo en la comunidad.

Una comunidad, un pueblo, una sociedad donde hay excluidos o marginados, donde el rigor de las leyes divide y aparta a unos de otros, es la antítesis del efecto primordial de la Resurrección; y en mucho mayor medida si se trata de una comunidad o de un pueblo que dice llamarse cristiano.

El evangelio de Juan nos presenta a María Magdalena madrugando para ir al sepulcro de Jesús. “Todavía estaba oscuro”, subraya el evangelista. Es preciso tener en cuenta ese detalle, porque a Juan le gusta jugar con esos símbolos en contraste: luz-tinieblas, mundo-espíritu, verdad-falsedad, etc. María, pues, permanece todavía a oscuras; no ha experimentado aún la realidad de la Resurrección. Al ver que la piedra con que habían tapado el sepulcro se halla corrida, no entra, como lo hacen las mujeres en el relato lucano, sino que se devuelve para buscar a Pedro y al “otro discípulo”. Ella permanece sometida todavía a la figura masculina; su reacción natural es dejar que sean ellos quienes vean y comprueben, y que luego digan ellos mismos qué fue lo que vieron. Este es otro contraste con el relato lucano. Pero incluso entre Pedro y el otro discípulo al que el Señor “quería mucho”, existe en el relato de Juan un cierto rezago de relación jerárquica: pese a que el “otro discípulo” corrió más, debía ser Pedro, el de mayor edad, quien entrase primero a mirar. Y en efecto, en la tumba sólo están las vendas y el sudario; el cuerpo de Jesús ha desaparecido. Viendo esto creyeron, entendieron que la Escritura decía que él tenía que resucitar, y partieron a comunicar tan trascendental noticia a los demás discípulos. La estructura simbólica del relato queda perfectamente construida.

La acción transformadora más palpable de la resurrección de Jesús fue a partir de entonces su capacidad de transformar el interior de los discípulos -antes disgregados, egoístas, divididos y atemorizados- para volver a convocarlos o reunirlos en torno a la causa del Evangelio y llenarlos de su espíritu de perdón.

La pequeña comunidad de los discípulos no sólo había sido disuelta por el «ajusticiamiento» de Jesús, sino también por el miedo a sus enemigos y por la inseguridad que deja en un grupo la traición de uno de sus integrantes.

Los corazones de todos estaban heridos. A la hora de la verdad, todos eran dignos de reproche: nadie había entendido correctamente la propuesta del Maestro. Por eso, quien no lo había traicionado lo había abandonado a su suerte. Y si todos eran dignos de reproche, todos estaban necesitados de perdón. Volver a dar cohesión a la comunidad de seguidores, darles unidad interna en el perdón mutuo, en la solidaridad, en la fraternidad y en la igualdad, era humanamente un imposible. Sin embargo, la presencia y la fuerza interior del «Resucitado» lo logró.

Cuando los discípulos de esta primera comunidad sienten interiormente esta presencia transformadora de Jesús, y cuando la comunican, es cuando realmente experimentan su resurrección. Y es entonces cuando ya les sobran todas las pruebas exteriores de la misma. El contenido simbólico de los relatos del Resucitado actuante que presentan a la comunidad, revela el proceso renovador que opera el Resucitado en el interior de las personas y del grupo.

Magnífico ejemplo de lo que el efecto de la Resurrección puede producir también hoy entre nosotros, en el ámbito personal y comunitario. La capacidad del perdón; de la reconciliación con nosotros mismos, con Dios y con los demás; la capacidad de reunificación; la de transformarse en proclamadores eficientes de la presencia viva del Resucitado, puede operarse también entre nosotros como en aquel puñado de hombres tristes, cobardes y desperdigados a quienes transformó el milagro de la Resurrección.

B) Segundo guión

Como otros años, incluimos aquí un segundo guión de homilía, netamente en la línea de la espiritualidad latinoamericana de la liberación, que titulamos «El Resucitado es el Crucificado».

Lo que no es la resurrección de Jesús.

Se suele decir en teología que la resurrección de Jesús no es un hecho "histórico", con lo cual se quiere decir no que sea un hecho irreal, sino que su realidad está más allá de lo físico. La resurrección de Jesús no es un hecho realmente registrable en la historia; nadie hubiera podido fotografiar aquella resurrección. La resurrección de Jesús objeto de nuestra fe es más que un fenómeno físico. De hecho, los evangelios no nos narran la resurrección: nadie la vio. Los testimonios que nos aportan son de experiencias de creyentes que, después, "sienten vivo" al resucitado, pero no son testimonios del hecho mismo de la resurrección.

La resurrección de Jesús no tiene parecido alguno con la "reviviscencia" de Lázaro. La de Jesús no consistió en la vuelta a esta vida, ni en la reanimación de un cadáver (de hecho, en teoría, no repugnaría creer en la resurrección de Jesús aunque hubiera quedado su cadáver entre nosotros, porque el cuerpo resucitado no es, sin más, el cadáver). La resurrección (tanto la de Jesús como la nuestra) no es una vuelta hacia atrás, sino un paso adelante, un paso hacia otra forma de vida, la de Dios.

Importa recalcar este aspecto para darnos cuenta de que nuestra fe en la resurrección no es la adhesión a un "mito", como ocurre en tantas religiones, que tienen mitos de resurrección. Nuestra afirmación de la resurrección no tiene por objeto un hecho físico sino una verdad de fe con un sentido muy profundo, que es el que queremos desentrañar.

La "buena noticia" de la resurrección fue conflictiva.

Una primera lectura de los Hechos de los Apóstoles suscita una cierta extrañeza: ¿por qué la noticia de la resurrección suscitó la ira y la persecución por parte de los judíos? Noticias de resurrecciones eran en aquel mundo religioso menos infrecuentes y extrañas que entre nosotros. A nadie hubiera tenido que ofender en principio la noticia de que alguien hubiera tenido la suerte de ser resucitado por Dios. Sin embargo, la resurrección de Jesús fue recibida con una agresividad extrema por parte de las autoridades judías. Hace pensar el fuerte contraste con la situación actual: hoy día nadie se irrita al escuchar esa noticia. ¿La resurrección de Jesús ahora suscita indiferencia? ¿Por qué esa diferencia? ¿Será que no anunciamos la misma resurrección, o que no anunciamos lo mismo en el anuncio de la resurrección de Jesús?

Leyendo más atentamente los Hechos de los Apóstoles ya se da uno cuenta de que el anuncio mismo que hacían los apóstoles tenía un aire polémico: anunciaban la resurrección "de ese Jesús a quien ustedes crucificaron". Es decir, no anunciaban la resurrección en abstracto, como si la resurrección de Jesús fuese simplemente la afirmación de la prolongación de la vida humana tras la muerte. Tampoco estaban anunciando la resurrección de un alguien cualquiera, como si lo que importara fuera simplemente que un ser humano, cualquiera que fuese, había traspasado las puertas de la muerte.

El crucificado es el resucitado

Los apóstoles no anunciaban una resurrección muy concreta: la de aquel hombre llamado Jesús, a quien las autoridades civiles y religiosas habían rechazado, excomulgado y condenado.

Cuando Jesús fue atacado por las autoridades, se encontró solo. Sus discípulos lo abandonaron, y Dios mismo guardó silencio, como si estuviera de acuerdo. Todo pareció concluir con su crucifixión. Todos se dispersaron y quisieron olvidar.

Pero ahí ocurrió algo. Una experiencia nueva y poderosa se les impuso: sintieron que estaba vivo. Les invadió una certeza extraña: que Dios sacaba la cara por Jesús, y se empeñaba en reivindicar su nombre y su honra. "Jesús está vivo, no pudieron hundirlo en la muerte. Dios lo ha resucitado, lo ha sentado a su derecha misma, confirmando la veracidad y el valor de su vida, de su palabra, de su Causa. Jesús tenía razón, y no la tenían los que lo expulsaron de este mundo y despreciaron su Causa. Dios está de parte de Jesús, Dios respalda la Causa del Crucificado. El Crucificado ha resucitado, ¡vive!

Y esto era lo que verdaderamente irritó a las autoridades judías: Jesús les irritó estando vivo, y les irritó igualmente estando resucitado. También a ellas, lo que les irritaba no era el hecho físico mismo de una resurrección, que un ser humano muera o resucite; lo que no podían tolerar era pensar que la Causa de Jesús, su proyecto, su utopía, que tan peligrosa habían considerado en vida de Jesús y que ya creían enterrada, volviera a ponerse en pie, resucitara. Y no podían aceptar que Dios estuviera sacando la cara por aquel crucificado condenado y excomulgado. Ellos creían en otro Dios.

Creer con la fe de Jesús

Pero los discípulos, que redescubrieron en Jesús el rostro de Dios (como Dios de Jesús) comprendieron que Jesús era el Hijo, el Señor, la Verdad, el Camino, la Vida, el Alfa, la Omega. La muerte no tenía ningún poder sobre él. Estaba vivo. Había resucitado. Y no podían sino confesarlo y "seguirlo", "persiguiendo su Causa", obedeciendo a Dios antes que a los hombres, aunque costase la muerte.

Creer en la resurrección no era pues para ellos una afirmación de un hecho físico-histórico que sucedió o no, ni una verdad teórica abstracta (la vida postmortal), sino la afirmación contundente de la validez suprema de la Causa de Jesús, a la altura misma de Dios (a la derecha del Padre), por la que es necesario vivir y luchar hasta dar la vida.

Creer en la resurrección de Jesús es creer que su palabra, su proyecto y su Causa (!el Reino!) expresan el valor fundamental de nuestra vida.

Y si nuestra fe reproduce realmente la fe de Jesús (su visión de la vida, su opción ante la historia, su actitud ante los pobres y ante los poderes... será tan conflictiva como lo fue en la predicación de los apóstoles o en la vida misma de Jesús.

En cambio, si la resurrección de Jesús la reducimos a un símbolo universal de vida postmortal, o a la simple afirmación de la vida sobre la muerte, o a un hecho físico-histórico que ocurrió hace veinte siglos... entonces esa resurrección queda vaciada del contenido que tuvo en Jesús y ya no dice nada a nadie, ni irrita a los poderes de este mundo, o incluso desmoviliza en el camino por la Causa de Jesús.

Lo importante no es creer en Jesús, sino creer como Jesús. No es tener fe en Jesús, sino tener la fe de Jesús: su actitud ante la historia, su opción por los pobres, su propuesta, su lucha decidida, su Causa...

Creer lúcidamente en Jesús en esta América Latina, o en este Occidente llamado "cristiano", donde la noticia de su resurrección ya no irrita a tantos que invocan su nombre para justificar incluso las actitudes contrarias a las que tuvo él, implica volver a descubrir al Jesús histórico y el sentido de la fe en la resurrección.

Creyendo con esa fe de Jesús, las "cosas de arriba" y las de la tierra no son ya dos direcciones opuestas, ni siquiera distintas. Las "cosas de arriba" son la Tierra Nueva que está injertada ya aquí abajo. Hay que hacerla nacer en el doloroso parto de la Historia, sabiendo que nunca será fruto adecuado de nuestra planificación sino don gratuito de Aquel que viene. Buscar "las cosas de arriba" no es esperar pasivamente que suene la hora escatológica (que ya sonó en la resurrección de Jesús) sino hacer realidad en nuestro mundo el Reinado del Resucitado y su Causa: Reino de Vida, de Justicia, de Amor y de Paz.

C) Una nota para lectores críticos

La homilía de la vigilia pascual o la de la misa del domingo de Pascua no son la mejor ocasión para dar en síntesis un curso teológico sobre el tema de la resurrección, pero sí son un momento oportuno para caer en la cuenta de la necesidad de darnos una sacudida en este tema teológico.

Por una parte, el ambiente litúrgico es tal que permite al «orador sagrado» elaborar libremente su discurso, sin temor a ser interrumpido, ni cuestionado ni siquiera solicitado por sus oyentes para una explicación más amplia. Lo que él diga, por muy abstracto, complicado o inverosímil que sea, va a ser aceptado por los asistentes con una actitud de piadosa acogida, o al menos de silencio respetuoso. No le va a ser necesario «justificar» lo que dice, ni explicarlo de un modo exigente, porque en la celebración litúrgica a veces la palabra tiene un valor ritual, al margen de su contenido real, razón por la que muchos oyentes «se desconectan» mentalmente, pues están conscientes de no estar recibiendo un mensaje interpelador real.

Éste es un gran peligro para todo agente de pastoral: la utilización de fórmulas fáciles, abstractas, solemnes, que no evangelizan, porque no tratan de dar razón de la fe y de hacerla inteligible –hasta donde se puede–, sino de cumplir un rito.

Por otra parte, el tema concreto de la resurrección es un tema que está sufriendo en los últimos tiempos una profunda revisión. Algunos teólogos hablan de un «cambio de paradigma»: no se trataría de cambios en detalles, sino de una comprensión radicalmente nueva del conjunto.

No hay que olvidar que venimos de un tiempo en el que la Resurrección estaba ausente del horizonte de comprensión de la salvación: ésta se jugaba el viernes santo, en la muerte de Jesús; y ahí concluía el drama de nuestra salvación; la resurrección era sólo un apéndice añadido, como para dejar buen sabor de boca. Los mayores de entre nosotros pueden recordar que antes de la reforma de la liturgia de la semana santa de Pío XII, la vigilia pascual había sido olvidada. Los manuales de teología por su parte casi no la contemplaban (cfr por ejemplo, la *Sacrae Theologiae Summa*, en 3 volúmenes, de la BAC, Madrid, 1956, que de sus 326 páginas dedica menos de una a la resurrección). El libro de F. X. DURWELL, *La resurrección de Jesús, misterio de salvación* (Herder, Barcelona), fue el libro clave de la renovación de la comprensión teológico-bíblica de la resurrección a partir de los años 60. El Concilio Vaticano II restituyó el misterio pascual en el centro de la liturgia. Y a partir de ahí, se puede decir que hemos

vivido de rentas, dejando el tema de la resurrección en el desván de nuestras creencias intocadas, mientras nuestra cultura y nuestra antropología han ido evolucionando sin detenerse... ¿No notamos el desajuste?

Nos han preocupado otros temas más «urgentes y prácticos». Nuestro pueblo sencillo (y cuántos de nosotros) no sabría dar razón convincente ni convencida de lo que cree acerca tanto de la resurrección de Jesús como de la nuestra.

Respecto a la de Jesús, la mayor parte de nosotros todavía piensa la resurrección de Jesús como un hecho «físico milagroso». La fuerza imaginativa de las narraciones de las apariciones es tan fuerte, que cuando las proclamamos en las lecturas litúrgicas (o cuando nos referimos a ellas en las homilias) para la mayoría de los cristianos pasan por literalmente históricas. El hecho físico histórico de las apariciones, junto con el sepulcro vacío, la desaparición del cadáver de Jesús, y el testimonio de los testigos privilegiados que lo «vieron» redivivo y comieron con él... es tenido como la prueba máxima de la veracidad de nuestra fe. La resurrección puede acabar siendo un mito anacrónico, momificado en las vendas de conceptos o figuras que pertenecen a una cultura irremediabilmente pasada en aspectos fundamentales. Pero la teología actual representa un cambio literalmente espectacular respecto a la teología de ayer mismo.

Baste pensar lo siguiente: «se ha eliminado todo rastro de concebir la resurrección como la ‘revivificación’ de un cadáver, se insiste en su carácter incluso no milagroso y no histórico (en cuanto no empíricamente constatable), y son cada vez más los teólogos –incluso moderados– que afirman que la fe en la resurrección no depende de la permanencia o no del cadáver de Jesús en el sepulcro, cuando no afirman expresamente tal permanencia. Y es de prever que la permanencia del cadáver no tardará en ser opinión unánime» (Queiruga).

«Hoy se toma en serio el carácter trascendente, es decir, no mundano y no espacio-temporal de la resurrección, por lo que resulta absurdo tomar a la letra datos o escenas sólo posibles para una experiencia de tipo empírico: tocar con el dedo y agarrar al resucitado, o imaginarle comiendo... son pinturas de innegable corte mitológico, que hoy nos resultan sencillamente impensables. (Para la Ascensión ya se ha asumido generalmente que, tomada a la letra, sería un puro absurdo). No es que las apariciones sean verdad o mentira, sino que carece de sentido hablar de la percepción empírica de una realidad trascendente. No se puede ver al resucitado por la misma razón que no se puede ver a Dios, con quien se ha identificado en comunión total y gloriosa. Si alguien dice que lo ha ‘visto’ o ‘tocado’ no tiene por qué mentir, pero habla de una experiencia subjetiva, como cuando muchos santos dicen haber visto o tenido en sus brazos al Niño Jesús: son sinceros, pero eso no es posible, sencillamente porque el ‘Niño Jesús’ no existe» (Queiruga).

No podemos extendernos más. Sólo queríamos dar provocativamente una saludable «sacudida» a nuestra fe en la resurrección, llamando la atención sobre la necesidad de no dejarla dormir beatíficamente el sueño de los justos, y de afrontar seriamente su actualización teológica. Por nuestra parte, en los Servicios Koinonía, concretamente en la RELaT (Revista Electrónica Latinoamericana de Teología), hemos puesto en línea el epílogo del libro «Repensar la Resurrección», de Andrés TORRES QUEIRUGA (<http://servicioskoinonia.org/relat/321.htm>), epílogo que resume el libro y que invita a afrontar esa actualización. Recomendado asumir el tema en la comunidad cristiana como una actividad formativa de actualización teológica.

Insistimos en que no es un buen servicio evangelizador el mantener al pueblo cristiano ignorante respecto a la actualización de la comprensión de la resurrección que se están dando en la exégesis y en la teología, y que no hace bien el agente de pastoral que se limita a repetir las sonoras afirmaciones de siempre sobre la resurrección, y refiriéndose a las apariciones dando a entender a sus oyentes que se trata de datos históricos indubitables no necesitados de interpretación... Según las estadísticas, no son pocas las personas cristianas que no creen en la resurrección; sin duda, algo tiene que ver con ello el hecho de que carecemos de una interpretación teológica actualizada respecto a este elemento capital de nuestra fe, momificado en las vendas de unas descripciones y supuestos con los que una persona culta de hoy no puede comulgar. La evangelización desactualizada puede convertirse en factor ateizante.

Para la revisión de vida

¿He vivido esta Semana Santa como el camino que es a la resurrección y a la vida eterna? ¿He apostado por la Vida, en mi vida? Trataré de dedicar un tiempo de soledad e introspección para vivenciar personalmente esta fiesta religiosa que, dentro del cristianismo, es «la madre de las fiestas».

Para la reunión de grupo

Dado que hoy es un día de fiesta que no suele permitir «reuniones de estudio», prescindimos de esta sección hoy.

Para la oración de los fieles

Para que la Iglesia dé testimonio de la resurrección trabajando siempre en favor de la vida, y de una vida digna y justa. Oremos.

Para que todos los pueblos avancen en el camino de libertad, la justicia y la paz. Oremos.

Para que el esfuerzo personal y colectivo de todos los que buscan una persona más humana y una sociedad más justa y fraterna, no resulte estéril. Oremos.

Para que todos los que sufren las secuelas de la opresión, la violencia y la injusticia, encuentren más apoyo en nosotros para salir de su situación. Oremos

Para que nuestra fe en la resurrección nos haga perder todo miedo a la muerte y sus secuelas. Oremos

Para que el gozo por la resurrección de Cristo nos afiance en nuestro compromiso con el Reino de Dios y su justicia. Oremos.

Oración comunitaria

Dios, nuestro Origen fontal, que nos llenas de gozo con ocasión de las fiestas anuales de Pascua. Ayúdanos para que, renovados por la gran alegría experimentada por la comunidad, trabajemos siempre por vencer a la muerte y hacer crecer la Vida, hasta que la experimentemos en su consumación plena. Nosotros te lo pedimos por Jesús, hijo tuyo, hermano nuestro.

O bien:

Dios, Misterio eterno de Amor, Justicia y Fidelidad, que con tu poder, y con muchos signos ante la conciencia de sus discípulos, avalaste a Jesús de Nazaret tras la muerte que le infligieron sus perseguidores, para poner en claro que estabas de parte de él y que su Causa interpretaba tu misma Voluntad sobre el ser humano y sobre el mundo. Rescata también del sufrimiento, del olvido y de la muerte a tantos hombres y mujeres que, como Jesús, han dado la vida a lo largo de la historia en la defensa de otras tantas Causas como la suya, y haz de nosotros convencidos testigos anticipados del triunfo final de la Justicia, del Amor y de la Vida. Nosotros te lo pedimos por Jesús, hijo tuyo, hermano nuestro.

Estos comentarios están tomados de diversos libros, editados por Ediciones El Almendro de Córdoba, a saber:

- Jesús Peláez: *La otra lectura de los Evangelios*, I y II. Ediciones El Almendro, Córdoba.
- Rafael García Avilés: *Llamados a ser libres. No la ley, sino el hombre*. Ciclo A,B,C. Ediciones El Almendro, Córdoba.
- Juan Mateos y Fernando Camacho: *Marcos. Texto y comentario*. Ediciones El Almendro.
 - *Juan. Texto y comentario*. Ediciones El Almendro. Más información sobre estos libros en www.elalmandro.org
 - *El evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ediciones Cristiandad, Madrid.

Acompaña siempre otro comentario tomado de la Confederación Internacional Claretiana de Latinoamérica: *Diario bíblico*

www.koinonia.org